

LA DOMESTICACIÓN DE LO INDOMABLE: LA VIRGEN EN LUCHA CONTRA EL VOLCÁN

Sandra Liliana Acero
Antropóloga
Universidad Nacional de Colombia

Resumen

En 1985, el volcán Nevado del Ruiz, ubicado en el Departamento del Tolima, entró en actividad y desencadenó una descomunal avalancha que arrasó al municipio de Armero y causó una de las mayores tragedias naturales recordadas en el país. Esta indagación se interesa, en primer lugar, en interpretar las formas cómo la población sobreviviente a raíz del evento reconfiguró las percepciones sobre esa montaña nevada y, en segundo lugar, su presencia en las tradiciones orales de los pobladores de la región. Allí, la montaña se convierte en una entidad humanizada, en la que se manifiestan formas de pensamiento indígenas e hispánicas – que lo emparentan con tradiciones andinas de larga data – y que enfrenta el poder amansador y colonizador de antagónicas imágenes católicas.

Palabras clave:

Nevado del Ruiz, Tragedia de Armero, encantos, Vírgenes, naturaleza.

En 1985, el volcán Nevado del Ruiz, ubicado en el Departamento del Tolima, entró en actividad y desencadenó una descomunal avalancha que arrasó al municipio de Armero y causó una de las mayores tragedias naturales recordadas en el país por la devastadora muerte de cerca de 30.000 personas. El Nevado, en este evento, se convirtió en el culpable directo de la tragedia, aunque la memoria oral de la región cuenta que a Armero lo habían maldecido por el asesinato de un cura, en 1948, lo que se convirtió en una de las razones de la tragedia. El desastre no fue natural: no fue capricho de la naturaleza, sino que a Armero lo habían condenado a la desaparición; fue objeto de un castigo divino.

Los sentimientos hacia el volcán-nevado, a raíz de la tragedia, se volvieron ambiguos: se admira y respeta y, al mismo tiempo, se le teme. El mismo Ruiz es ambiguo en sus “comportamientos”: por un lado, es el proveedor de múltiples recursos para el mantenimiento de los municipios de la montaña, pero, por otro lado, se sabe que, al ser volcán activo, es un cerro peligroso que puede matar sin consideraciones, y la prueba de ello fue lo ocurrido en 1985. Su carácter ambiguo no sólo se condensa en el nombre que le dan los habitantes de la región de manera pictórica, “el león dormido”, sino que lo ubica en el umbral de lo sagrado, al ser digno de adoración y admiración:

Las montañas, con su majestad y belleza, fascinan a quienes las observan, llenando de una particular exaltación a los que las escalan hasta la cima. Al mismo tiempo, no pueden dejar de ser temidas por los considerables peligros que ofrecen las tormentas de nieve, los vientos huracanados o las erupciones volcánicas. Su ambivalente cualidad las vuelve sagradas, convirtiéndolas en objetos de profunda adoración (Ceruti, 2003: 69).

Suárez Guava (2008) encontró que un hombre de la época colonial llamado Juan Díaz está estrechamente emparentado con lo que hoy es el Nevado del Ruiz. A Juan Díaz, apodado “el rico”, un hombre de gran soberbia y fortuna por las extracciones auríferas en la región, lo castigaron con una creciente de agua que arrasó su lujosa casa, lo que lo convirtió en el ser que gobierna sobre la riqueza viva y el agua, en un ser inmortal, en un mohán. El oro vivo sobre el cual gobierna Juan Díaz —el de indígenas o españoles que lo han enterrado o escondido— se mueve en crecientes o derrumbes y *encanta*, anima lo inanimado y lo inmortaliza. Juan Díaz no murió. De él se dice que vive en el nevado, que sale a mercar los días domingos y que fuma tabaco. Él es el Nevado del Ruiz.

El Nevado del Ruiz no es sólo un accidente geográfico, se lo ve como a un ser humano, con vida, historia e incluso familia. Su nombre será Juan Ruiz o Juan Díaz, dos personajes con procedencias distintas pero que comparten el hecho de haber quedado *encantados* en el Nevado. El nevado es también un encanto, por el oro que contiene y que le da vida, temperamento, voluntad y sentimientos. Cuando un elemento del paisaje es un encanto, su característica fundamental será el hecho de ser “bravo” y “celoso”. Los baquianos reconocen que cuando un territorio es *bravo*, allá hay que guardar silencio para no molestar al encanto. Cuando el Ruiz se molesta, utilizará varias formas de alejar a sus visitantes no-gratos: bajar la nube, llover, granizar y bufar. Esta naturaleza es autónoma, incontrolable y temperamental, si se quiere. Está viva y actúa benéfica o maléficamente sobre los humanos que habitan a su alrededor.

Aparece, entonces, otra explicación a la tragedia de Armero: ya hablamos de la maldición del cura y del castigo divino; otra razón sostiene que Juan Díaz (el mohán y nevado) se enfureció y envió la avalancha haciendo uso de su poder sobre las aguas. La primera de estas razones tiene su fundamento en la doctrina católica, en la que son pilares el pecado, la culpa, el arrepentimiento y el castigo. La segunda hace parte del sistema de pensamiento de raíz prehispánica, que observa a un ser inmortal como capaz de moverse, a través de crecientes de agua, con su riqueza. Ambas, a primera vista parecerían antagónicas, pero en realidad son demostraciones de la transición de un sistema de pensamiento a otro. La creciente que arrasó a la majestuosa casa de Juan Díaz participa ya de estas dos formas de interpretar estos eventos: un castigo por la avaricia y soberbia que caracterizaba a este hombre, o el mohán del Tequendama se embraveció y envió la creciente. Su historia es el punto clave donde ambas tradiciones se reúnen y se incorporan, aunque pensar a Armero como un castigo divino frecuentemente cubrirá la versión de que un mohán ha enviado una creciente de agua.

El Nevado del Ruiz no se concibe como un simple volcán activo; es un ser vivo, con voluntad, sentimientos, decisiones, personalidad, nombre, esposa, hijo, cuerpo e historia. Es un ser humano. Son montañas humanizadas en las que se proyecta la sociedad que las humaniza, un trasunto de la comunidad –en este caso– del Norte del Tolima. Pero el tipo de persona que encarna el nevado no puede ser cualquiera, es un ser especial: en nuestra pesquisa, el hombre que *quedó* en el nevado era un hombre de incalculable riqueza y avaricia, al que castigaron Dios, un mohán, o Bochica, convirtiéndolo en el Nevado del Ruiz. En los escritos del mundo andino, encontramos que estos cerros prominentes en el paisaje local encarnan seres humanos, pero estos seres son dioses (*apus, wamanis, awkillus, mallkus, achachilas, machulas* o tíos (diablos) (Gil García, 2008:105; Martínez, 1983:86), o caciques, ancestros, o dioses creadores del universo (Correa, 2004:66; Correa, 1998:34). Estos seres, que *habitan* y *son* los cerros, tienen capacidad de acción sobre las personas que habitan en sus alrededores, alternando entre ser favorecedores o perjudiciales, ambigüedad necesaria para ser considerado un cerro de culto en los Andes.

Los cerros vivos (bravos, celosos, buenos o malos) encarnan aquello que no ha sido domesticado, a la naturaleza salvaje, autónoma, y se oponen al territorio domesticado, culturizado, cristianizado, controlado (Bernand, 2008:173). Mis indagaciones de campo me llevaron a encontrar imágenes católicas asociadas a los elementos del paisaje o de la naturaleza que participan de aquello que es indomable: el nevado, la avalancha de la tragedia, los cerros, las cascadas, las lagunas, las guacas. La Virgen católica aparece como la antagonista de esta naturaleza humanizada.

La Virgen en la noche de la tragedia

En Murillo, doña Ana Delicia Cortés y su hijo Vicente nos hablan de apariciones de guacas, de la luz que emiten indicando su ubicación y de las crecientes y volcanes que provocan cuando desean trasladarse. Cuenta ella que en el río Lagunilla, el mismo por donde descendió la avalancha hace 25 años, se veían luces de guacas:

Era que en el Lagunilla cada rato se veía la luz bailando [de las guacas] por sobre el agua. Ese río era crecido y eso se veía la luz por encima. *¿Y cuando se bajó la avalancha que se llevó a Armero, de esas cosas [guacas] también se corrieron?* ¡Pues claro! *¿Y entonces?* Sí, eso se llevó todo eso. Y se veía la Virgen por encima, y hágale y hágale. En la Betulia también varias veces vimos luces en esas tornamentas, esas crecientes de agua, volcanes que se venían y llegaban al plan y la Virgen encima y hágale. *¿Y la Virgen encima?* Sí, señora. [...] Pero ella sí no se dejaba ir a lo hondo; no, ella andaba encima y donde era ancho el agua, donde explayaba, entonces ella empezaba ya a andar por sobre el agua. [28 de marzo de 2010].

Doña Ana Delicia se precia de contar el apoyo constante que recibe de la Virgen, pues relata que en múltiples ocasiones se le ha aparecido y la ha aconsejado. En esta extraña historia, particularmente, doña Ana Delicia cuenta que sobre la avalancha que bajaba hacia Armero iba la Virgen y que ella no se dejaba hundir. Es difícil explicar cómo doña Ana Delicia pudo ver la imagen de la Virgen sobre la avalancha en esa noche de terror, pero no discutiremos la veracidad de la historia; lo importante es lo que significa la imagen y su historia: es una Virgen sobre una avalancha.

Don Julio Ramírez, en Lérída, recuerda que había una imagen de la Virgen, conocida en Armero como la “Virgen del Puente”, porque se encontraba en la Hacienda El Puente, justo en la desembocadura del río Lagunilla en el valle del río Magdalena, en el punto donde la avalancha se explayó para arrasarse a la ciudad. Lo que a don Julio le pareció extraño fue que la avalancha, con toda su furia y poder, no hubiera arrasado a la imagen de la Virgen y que, en cambio, la hubiera rodeado.

Don Julio: A esa [a la Virgen] le pasó [la avalancha] por un ladito. Ella estaba al borde de la acequia, en un pedestal. Y la avalancha pasó así, rozando (muestra con sus manos cómo la avalancha la bordeó y cambió de rumbo). *¿No le hizo nada?* No, que la bajaron después.

Doña Flora: La trajeron p’ aquí pa’ Lérída. Por allí la tienen.

Don Julio: Es una Virgen... una imagen blanca, vestida de blanco, con un rosario en la mano y una cruz, me parece, en la otra. Esa era la Virgen del Puente que se salvó de la avalancha [6 de agosto de 2010].

Don Julio resalta que la avalancha no sólo no se llevó a la Virgen del Puente, sino que tampoco arrasó a la Iglesia de la Virgen del Carmen, en la misma ciudad.

Es como la iglesia de la Virgen... la iglesia de la Virgen del Carmen. Tampoco se la llevó. Inclusive, yo estuve en la postura de la primera piedra de esa Iglesia...

Don Julio estuvo presente en el momento en que el dueño del terreno donde se construiría el templo en honor a la Virgen del Carmen lo cedió a la parroquia de Armero. Entre múltiples características y anécdotas que acompañaron el momento, don Julio recuerda particularmente que el dueño del terreno quería que la primera piedra que hiciera parte de la Iglesia fuera especial y que hubiera todo un ritual en su colocación. Don Julio cree que este acto hizo que el templo se salvara de que lo arrasara la avalancha.

La historia de doña Ana Delicia, que cuenta que la Virgen no se dejaba hundir y que iba sobre la avalancha, y la de Don Julio parecieran relacionarse en la medida en que la imagen de la Virgen tenía el poder de controlar la voluntad de la avalancha, o que la avalancha, si sintió respeto por alguien, fue por la Virgen; pero esto es sólo el principio.

Cada vez que me reúno con doña María Valentina Ardila y su hija Jazmín, para hablar de la noche de la tragedia y de la forma como extrañamente se salvaron, ellas me afirman que esa noche “pasaron cosas muy extrañas”. Una de ellas es que la avalancha parecía tener vida propia y capacidad para escoger a quién mataba o a quién salvaba. Otro evento extraño tiene que ver con la aparición de “diablitos”, que le indicaban a los hombres y mujeres desesperados la vía de salida o una traidora vía hacia la boca de la avalancha. Pero el tercer evento extraño de la noche, que me afirman no sólo lo vieron ellas sino también todos los que estaban en la isleta en la que se encontraban, fue la aparición de la Virgen en la madrugada del día jueves 14 de noviembre.

... y aquí pasaba la calle catorce [de Armero], y venía saliendo por entre esa melcocha, apenas venía saliendo así, se le veían los pies limpiecitos, limpiecitos, pues a mí me parecía que era como una Virgen, o como una monja; pero no, el vestido era como más bien blanco, como de organza, o algo así, porque era como esponjoso y tenía como un manto azul claro. Yo no sé si sería del susto o de la alegría que me dio, porque yo no sé lo que me dio, era porque era que yo estaba rezando esa oración. Yo no vi que tuviera corona, no vi, pero, pues, al tener manto, yo dije: “Mire, viene una Virgen por entre ese lodo”. “¡Ay! Sí, pero va a subir por la catorce”. Iba por la catorce arriba, en la esquina del hospital. Y nosotros estábamos acá, debajo de un palito, cerca a la tienda que tenía don Félix Santafé. Entonces, estábamos, ¿cómo le dijera yo?, como unas personas allá y otras acá, pero lo raro era que esa melcocha tan alta, y ella apenas se veía que iba así, por encima de eso. *¿Y mucha gente vio a esa señora?* Pues, parece que vieron una mujer que subió, pero que no la vieron como yo la vi. Yo dizque dije: “Me parece que subió la Virgen en esa melcocha”. Llevaba como unas pañoletas grandes, pero limpias, limpias; imposible con ese lodo. Y ella no, ella así, por encima, y le vi los pies descalzos y limpios. Sin embargo, yo seguí rezando y todo lo que me acuerdo, porque yo lo que sé son oraciones viejas, que me había enseñado mi madre, pues a todo mundo se le hizo extraño y nadie me sabía contestar, porque no las conocían, no sabían qué contestar. Eso fue todo lo que vi. *¿Pero esa señora sí le contestaba la oración?* Pues sí, yo vi que ella me contestaba, que el Dios te Salve, que algo así. Pero así, ¿como si yo hubiera estado en un sueño?, no, nosotros estábamos despiertos. [31 de marzo de 2010, Ibagué].

Doña Valentina y su hija cuentan que, en medio del desastre, ellas, que se encontraban a salvo porque el lodo decidió no entrar en las cuadras donde vivían, empezaron a rezar pidiendo misericordia a Dios. Doña Valentina menciona que ella rezaba oraciones que su madre le había enseñado, de manera que eran oraciones antiguas que ninguna otra persona podía responderle, excepto esa mujer vestida completamente de blanco con los

pies descalzos limpios, que caminaba sobre la melcocha y que salía hacia la carretera principal desde el barrio de tolerancia. En una ocasión anterior a la transcrita, doña Valentina nos había contado la misma historia agregando más detalles a la imagen:

Dice ella que era una mujer blanca, limpia, con una túnica blanca larga, con mangas largas que terminaban en encaje. Tenía el cabello medio mono, largo, dividido en dos en su corona. Tenía las manos en señal de oración y, dice Jazmín (su hija), que tenía una Biblia grande con una cruz dorada encima. Dice doña María Valentina que ella estaba rezando la oración del Jueves Santo y que esta mujer parecía responderle la oración, lo cual le parecía extraño, pues esa oración era muy vieja, se la había enseñado su mamá hacía muchos años y casi nadie la conocía. Dice Jazmín que esta mujer, cuando llegó a la 18, abrió la Biblia, la puso en el piso, se arrodilló, la besó y desapareció. Doña Valentina dice que todos los que estaban ahí la vieron, y que ella no sintió miedo, sino paz y alegría porque, para ella, era la Virgen que se había aparecido. [Diario de campo, 21 de febrero de 2010, Ibagué].

La memoria traiciona los recuerdos de doña Valentina y ella misma, cuando cuenta la historia, reconoce que hay veces en que se le escapan los detalles de lo que ocurrió. Sin embargo, lo que no olvida jamás es la oración que ella estaba rezando en el momento de la aparición de la Virgen:

Levántate, vuelve eterno
Jueves Santo de mañana.
Ya que estaban todos juntos,
De esta manera les habla:
¿Cuál de vosotros, los míos,
Morirá por mí, mañana?
Se miraban los unos a los otros,
Ninguna respuesta daban.

Una mujer venía,
Verónica se llamaba,
Paños limpios en las manos traía
Para limpiarle a Cristo la cara.

Unos en Salventes,
Otros en Jerusalén.
Responde la casa santa
Que predique en las montañas,
Que yo muero por mi Dios,

Que mi Dios no debe nada.

Que muerte tan lastimosa,
El jueves la cruz cargaba,
El madero como nuevo
Y una corona de espinas
Que sus sienes traspasaba.

Todos los jueves del año
Sacar un alma de penas,
La suya del pecado
que la sabe y no la reza,
que la oye y no la aprenda.
El día del Juicio Final
Verán lo que esta oración contiene,
Dios te salve, amén, Jesús.

Jazmín, quien en la noche de la tragedia tenía apenas 13 años, recuerda la aparición de esa mujer, y especialmente la oración que su madre fervorosamente rezaba.

Jazmín: a mí me ha tenido pensativa todos estos años eso. Todos estos años, desde que sucedió la tragedia, que esa oración, y que prácticamente lo que sucedió ahí y todo eso acompañaba a esa oración. Lo de la señora que salió, que ahí en la oración dice que Verónica, que traía unos paños en las manos... Salen muchas cosas. Al otro día era jueves, porque el día de la tragedia fue miércoles.

Doña Valentina: “Jueves Santo de mañana”... Eso fue el miércoles por la noche, ¡o sea, para amanecer el jueves!

Jazmín: Y ¿quién de vosotros, hermanos –¡ahí habíamos hartos! –, morirá por mí, mañana? Todos creíamos que al otro día no amanecíamos, porque se decía que venía otra avalancha. Todos en la mente ahí teníamos que ya no amanecíamos. Y toda la oración acompaña lo que pasó, lo que estaba pasando ahí en ese momento [5 de agosto de 2010, Ibagué].

Doña Valentina y su hija no pueden explicar los hechos extraños que acompañaron su supervivencia esa noche; incluso, recuerdan que las cosas *raras* no sólo ocurrieron esa noche, sino también en los días siguientes, pues estuvieron refugiadas en su casa desde el miércoles de la tragedia hasta el sábado siguiente y en el momento en que las rescató un helicóptero, su casa –que se encontraba en perfecto estado– se derrumbó. Para ambas, la extraña coincidencia de los eventos que narra la oración (una mujer que venía, el jueves santo de mañana, ¿cuál morirá por mí, mañana?, y el día del Juicio Final) con

lo que en ese momento estaba ocurriendo, sin duda se trataba de un mensaje divino, pero no saben cuál era su intención.

Evidentemente, en la memoria de algunos sobrevivientes, la imagen de la Virgen se relaciona con algunos sucesos de la tragedia. Ellos mismos encuentran situaciones particulares, que nunca podrán borrar de sus recuerdos, pero que, al mismo tiempo, son difíciles de interpretar: ¿qué significa que una Virgen estuviera sobre la avalancha que causó miles de muertes?, ¿qué significa que la furia del lodo se hubiera detenido frente a la imagen de la Virgen y del templo edificado en su honor?, ¿qué significa que la Virgen se hubiera aparecido en la fatídica noche y que hubiera besado la tierra? Tendremos que detenernos en estas preguntas y observar la intervención de la Virgen en la zona montañosa, a fin de interpretar los hechos.

La Virgen intercesora

En la montaña, es muy frecuente que, si se habla de una Virgen, dicha Virgen sea la del Carmen: patrona del municipio del Líbano, abogada de las ánimas benditas y protectora de los conductores, ella intercede, además, por los hombres envoltados en el monte. Don Jesús Antonio, en Villahermosa, al recordar una ocasión en la que la Madremonte lo asustó, y a otros compañeros de trabajo, menciona que lo primero que hay que hacer, en caso de un susto ocasionado por un espanto, en el monte o en el páramo, es invocar a la Virgen del Carmen.¹ En un contexto diferente, su esposa, doña Aseneth, me cuenta que ella es devota de esta Virgen:

A mí me enseñaron a venerar a la Virgen del Carmen. *¿Y la Virgen del Carmen, de qué lo protege a uno?* De todo mal y peligro. Uno tiene una tristeza y va y le pide a la Virgen del Carmen y ella como que lo ilumina. Uno tiene un problema y ella como que le ilumina el camino, y así la fe de uno. *¿Y sumercé que hace para adorarla?* ¡Ah!, pues le hago oración, le prendo la velita, pero lo que yo le ofrezco no es la velita, sino la llama que da la vela, la luz, porque como la luz abre caminos. Entonces, eso es lo que yo le ofrezco a la Virgencita. No la veladora, yo le ofrezco la llamita, la luz. [Villahermosa, 10 de octubre de 2009].

Doña Aseneth, al igual que cientos de conductores a lo largo del país, le presentan a la Virgen del Carmen como ofrenda un símbolo de luz: la luz de una veladora o la luz de unos reflectores de automóvil. El principio, es lo mismo: ofrecer a la Virgen lo mismo que ella da, luz que ilumina la oscuridad o el camino. Por eso, en caso de envolate – que es lo mismo que no encontrar un camino – la Virgen del Carmen intercede por el

¹ Que la Virgen del Carmen interceda por los “asustados” – que vendrían a ser automáticamente “pecadores” – podríamos explicarlo, también, recurriendo a la oración de la Virgen María: “ruega por nosotros, pecadores”.

envolado y le permite hallar su camino extraviado. Lo mismo, podría decirse, ocurre con las ánimas benditas, pues la Virgen sería quien guiaría a las almas errantes hacia su destino final. La Virgen del Carmen representa luz, y la evidencia de ello es la forma como ella actúa sobre la vida de las personas y de las ofrendas que se le presentan. Por ejemplo, es frecuente hallar por las carreteras que bordean una montaña imágenes de la Virgen del Carmen en los costados, con reflectores como ofrendas. Franz Faust interpreta estos objetos como dones que se le dan a la Virgen a fin de pedirle que aplaque la bravura de la montaña que el conductor atraviesa, y los males que un mal clima le puedan ocasionar a los viajeros (2004:20). En este caso, Faust habla de una Virgen asociada a los poderes de los *encantos*, de los cerros bravos. En nuestros recorridos por el Norte del Tolima, también pudimos observar la misma asociación: en cercanías al corregimiento de Padua (municipio de Herveo) se encuentra una Virgen del Carmen incrustada en una de las paredes de la montaña, llamada “La Virgen del Cerro Bravo”, cuyas ofrendas alternaban entre reflectores de automóviles, flores y veladoras. Si recordamos algunas características de los encantos que son elementos del paisaje, su manera de interactuar con las personas es a través de la manipulación de algunos elementos de la naturaleza como la neblina –bajar la nube–, el chapoleo –granizar–, y, en un último caso, hacer ruidos. A un cerro bravo se le llama así porque se le ha visto comportarse de estas formas con los visitantes, y la intervención de la Virgen busca contrarrestar la potencial acción maléfica del encanto sobre las personas.

Pues bien, el Nevado del Ruiz es otro encanto de este tipo, aunque seguramente más peligroso, por su triple condición de ser cerro, volcán y nevado al mismo tiempo. Don Roberto Gómez me comenta que en su parte nevada, cerca del cráter “La Olleta”, hay una imagen de una Virgen de las Nieves. A ella se le encomienda tanto la actividad volcánica del Ruiz como la protección de aquellos que ascienden. Don Jairo Villanueva, experto conocedor del nevado, me cuenta más sobre ella:

Dice don Jairo que la Virgen de las Nieves es como la Virgen del Carmen – con un divino Niño alzado en sus brazos– pero blanca como la misma nieve. Ella está debajo del cráter de la Olleta, y cuenta que allá le hacían rituales y le llevaban ofrendas y que la gente que sube por allá se le encomienda; a ella le piden, tanto turistas como montañistas, para que no se envolaten y que los proteja de cualquier accidente. [Diario de Campo, 8 de diciembre de 2009, Murillo].

Ella es una intercesora entre el visitante que asciende y el poderoso e inclemente nevado. A ella, según don Jairo, se le encomiendan los montañistas, pues el lugar donde se encuentra es mucho más retirado que el punto al que llegan los turistas que día a día suben al Ruiz; es decir, que a ella se encomiendan los expertos en ascensos de alta montaña; su función es intervenir entre las acciones que provoca la montaña y el visitante. Doña Bertha, en Murillo, me cuenta un poco más acerca de esta Virgen:

La Virgen de las Nieves protege de la nieve. Es que la nieve es muy fuerte. *¿Qué hace la nieve?* Lo puede matar a uno, el frío lo congela [27 de marzo de 2010].

Pero la nieve, al igual que el volcán y que la avalancha, es traicionera. Edgar Moncada, antropólogo y montañista, me explica que el mayor peligro que existe en los ascensos a los nevados es dar un paso en falso, pisar sobre nieve que pareciera estar firme y que en realidad oculte una profunda grieta, pues estas caídas representan la muerte del montañista.

En todo caso, la Virgen de las Nieves es un personaje que intercede por el visitante en su ascenso hacia la montaña, y es al mismo tiempo un ser que pareciera tener la capacidad de aplacar el poder del volcán. Hubo noticia de otras formas de “calmar” al nevado. En 1985, cuando el Ruiz entró nuevamente en actividad, corrió un rumor que describía un modo de apaciguarlo para evitar que entrara en erupción:

Allá le echaron medallas al volcán. ¡Huy!, porque había el cuento también que iban a echarle un niño, echarle al volcán un niño, matarlo, un niño blanco, mono, porque era un sacrificio, porque la Iglesia sincretizó la imagen del Niño Dios. Tenía que ser un niño blanco, de ojos azules y de cabellera rubia. Me dijeron, mire, que eso sí lo habían hecho. [...] Lo cierto era que se lo iban a echar, un niño blanco, de ojos azules y de cabello mono, parecido al Niño Dios, para calmar al volcán. Le echaron toneladas de medallas y todo eso. *¿Medallas?* Sí, medallitas, con agua bendita y todo. [6 de noviembre de 2009, Líbano].

Don Roberto Gómez conoció también la historia del sacrificio del niño, pero en una versión diferente. Él sabía que el sacrificio debía ser de un primogénito, pero que ninguna mamá se atrevió a dar su hijo en ofrenda. También me comentó que lo de las medallas le parecía poco probable, porque los gases que estaba emitiendo el volcán en ese momento hacían que el ascenso hasta el cráter fuera imposible. Hubiera ocurrido o no el sacrificio, lo que debe llamarnos la atención es el hecho de que al menos el rumor de esta práctica hubiera existido porque, una vez más, nos une con las formas como se conciben los altos cerros y montañas nevadas en el mundo andino. Frecuentemente, los estudios etnográficos y arqueológicos realizados en los nevados peruanos y bolivianos encuentran antiguas prácticas de sacrificios de infantes en las cimas de estos picos, práctica conocida en el mundo andino como *capacocha* (Crf. Bernand, 2008: 168; Ceruti, 2003:78; Gil & Fernández, 2008: 108). La arqueología en los “santuarios de altura” ha dado cuenta de la reiterada realización de estos sacrificios en cimas superiores a los 5000 m.s.n.m. La explicación generalizada de este ejercicio es que los niños sacrificados eran “víctimas inocentes entregadas a las divinidades para aplacar su ira contra los hombres, mensajeros encargados de redimir los errores de sus progenitores en representación de todo su pueblo” (Gil & Fernández, 2008: 108); una

explicación en nada distinta de los móviles que habrían dado lugar al rumor sobre la necesidad del sacrificio de un niño a fin de evitar la furia del Ruiz², un sacrificio que redimiría los pecados de los pobladores del Norte del Tolima.

La domesticación de lo indomable

Por lo pronto, hemos observado que hay una relación particular entre una entidad cristiana – la Virgen– y una entidad natural – el nevado y/o la avalancha –. Los vecinos conciben a los cerros como entidades poderosas, vivas, con capacidad de actuar de múltiples maneras – benéficas y maléficas– sobre sus vidas. Y quienes tienen la posibilidad de manejar, contrarrestar o calmar al cerro, en este caso al nevado y a su avalancha, son estos representantes de lo católico, que no son sólo Vírgenes, sino también cruces o, en algunos casos, capillas. Generalmente, cada municipio o población que se hubiera ubicado en una zona montañosa señala un cerro tutelar y dicho cerro tendrá como marca una cruz en su cima y, probablemente, van a llamarlo “el cerro de la cruz”. Basta alzar la mirada y observar los cerros tutelares de la capital: Monserrate, Guadalupe y – uno menos conocido pero incluso más imponente que los otros dos – el cerro de La Peña. ¿Qué hace una iglesia, una capilla con una enorme Virgen blanca encima y otra capilla más pequeña sobre estos tres cerros? En el momento de su construcción, no los idearon como lugares turísticos o como símbolos icónicos de la ciudad, sino como una estrategia, en la época colonial, para imponer el cristianismo sobre otras creencias, llamadas profanas, de la comunidad muisca. De acuerdo a María del Pilar Mejía (2006), la construcción de ermitas en las cimas de estos cerros era una forma de indicar el arribo del cristianismo y de representar la imposición de una doctrina católica sobre idolatrías indígenas, además de servir como una forma de delimitación de la ciudad, que marcara las fronteras entre lo cristianizado –la ciudad– y lo salvaje –los extramuros del casco urbano–.

Antes de la construcción de ermitas en dichas alturas, las cumbres de las montañas habían sido señaladas con cruces por los frailes europeos como anuncio de su llegada a los nuevos territorios, y como marcadores de los “santuarios indígenas” y de “lugares de vuelo de brujas negras” que debían perseguirse y erradicarse. Así, los sacerdotes y frailes sabían perfectamente que para dominar sobre todos los habitantes de Santafé debían marcar con sus símbolos de autoridad en los lugares importantes para sus pobladores y así facilitar el arraigo de las festividades cristianas a través de los antecedentes del lugar y sus prácticas asociadas. Por ello, no resulta extraño que cada una de las ermitas y Vírgenes de las montañas orientales

² En el Nevado del Ruiz aún no se ha realizado un estudio arqueológico en su cima, por lo cual no tenemos información que dé cuenta de este tipo de prácticas, al menos en este cerro nevado.

santafereñas se posaran probablemente sobre lo que los españoles denominaron “santuarios y ermitas indígenas” de la Cordillera Oriental³ ni que entraran a jugar un papel definitivo en el proceso de acotación y dominio de la ciudad de Santafé. Los cerros orientales, con cruces en sus cumbres, altos, peñas y cuevas, nos señalarían, entonces, una disputa territorial entre los seres sobrenaturales nativos y los cristianos, o entre seres “diabólicos” y “divinos” que habitarían en aquellas montañas contiguas a la ciudad. Las alturas fueron quedando entonces visiblemente marcadas con cruces cristianas para ser domesticadas, exorcizadas, pertenecer a la ciudad y regir sobre sus habitantes (Mejía, 2006:248-249).

Mejía reconoce que a los cerros se les atribuían características que los ubicaban dentro de lo “profanamente” sagrado, pues eran lugares de adoración de los muiscas, y que los habitaban seres sobrenaturales –diabólicos– que entraban en disputa con los seres cristianos –divinos–, lo que marca de nuevo una oposición entre lo “salvaje” y lo “domesticado”. Las historias de las construcciones de estas capillas o monumentos católicos nos sirven a la perfección para pensar las relaciones entre la Virgen y el Nevado que hemos narrado sucintamente en páginas anteriores porque muestran nuevamente una naturaleza viva, que está en lucha con una imagen católica (o viceversa). En particular, en la construcción de la capilla del cerro de Guadalupe, cuenta Mejía que

Desde el año 1656 se buscaba dominar la “cumbre más alta” de la serranía oriental que sobresale de Santafé y la Sabana. El cerro más alto de la ciudad, un lugar demonizado⁴ se llamará desde entonces Guadalupe (2006:257).

Al cerro de Guadalupe, el más alto de los cerros orientales, habitado por espíritus malignos, lo va a aplacar la colocación de la cruz y de la capilla. La autora, un poco más adelante en la historia de esta ermita, cuenta que varios sacudones de la montaña hicieron que la capilla se debilitara y, finalmente, un terremoto que sacudió la sabana de Bogotá en 1743 destruyó el templo, pero “si bien se cae la edificación”, “sin daño queda la Señora”, a quien “la bajaron ilesa” a la ciudad, acompañada por una enorme procesión desde Egipto hasta la Catedral” (2006:258). Este “milagro”, sin duda, se

³ La autora señala que “los “santuarios” y “ermitas” a lo largo del altiplano correspondían a todos aquellos montes, caminos, cumbres, peñas, derrumbamientos, fuentes, hoyos, aguas y peñascos donde tenían noticia que los muiscas depositaban sus figuras votivas” (2006:249).

⁴ En este punto, la autora cita las palabras pronunciadas por Fernando Antonio Mejía durante el acto de colocación de la primera piedra para la construcción de la capilla y la cruz en honor a la Virgen de Guadalupe, en las que se menciona lo siguiente: “Verificándose que la cruz es el espanto de los espíritus malignos, consiguiente es que una vez convertida Bogotá i la cima que le dominan en la imagen de Jerusalem i el monte en que os redimió por medio de la inauguración del siglo redentor sobre la cumbre del Guadalupe, los males y desgracias cesarán en esta capital i su república porque las relijiones diabólicas serán ahuyentadas”.

asemeja a los hechos relatados por don Julio Ramírez en los que la imagen de la Virgen del Puente y la Iglesia del Carmen quedan ilesos en medio de una terrible catástrofe.

El texto de Mejía nos introduce a una forma de interpretar la relación entre Vírgenes y cruces (entre otros símbolos cristianos) y los elementos vivos de la naturaleza. Lo que las narraciones que he recogido y transcrito anteriormente muestran es que tanto estas imágenes católicas como la misma naturaleza viva son entidades poderosas y antagónicas: una representa la naturaleza salvaje, indómita y viva, y la otra representa lo controlado, lo domesticado, lo aculturado. De ello dan cuenta las imágenes católicas ubicadas en las montañas bravas –que representan la capacidad de los objetos católicos de amansar o controlar a la naturaleza–, y la misma imagen que guardó doña Ana Delicia, en la que una Virgen se desplazaba sobre una avalancha y que no se dejaba hundir. Lo extraño es que si ambas son entidades antagónicas en una lucha perenne, ¿por qué la avalancha no arrasó a la Virgen y por qué el terremoto no destruyó a la del templo de Guadalupe?

Tal vez la Virgen sea ese mismo personaje al que uno recurre solicitando intervención ante un Dios castigador –como aquel que le propinó el castigo a Armero–: “ruega por nosotros, pecadores”. O, probablemente, las imágenes de la Virgen sean formas de amansar lo ingobernable, el nevado, la avalancha, las crecientes, los derrumbes⁵, las neblinas, etc. Destaquemos que no todos los cerros son iguales, ni que a todos los accidentes del paisaje se les atribuye vida propia; son especialmente aquellos elementos del entorno que llaman la atención, bien por su altura o porque tienen nieve, o porque tienen una serie de características que los ubican por fuera de lo normal.

Pero que una cruz esté sobre un cerro, o que una Virgen aparezca sobre la avalancha y ella no la arrase son imágenes que representan algo más: es la tradición católica que se monta sobre las tradiciones indígenas. Si pensamos en una montaña brava, que tiene vida propia por el oro vivo que contiene –lo cual la convierte en un encanto– y en la propiedad de los elementos animados (por ser o contener este oro) de moverse a través de crecientes de agua, lo que observamos acá es la supervivencia y el arraigo de una tradición indígena en las comunidades campesinas contemporáneas. Así que pensar que la avalancha que arrasó a Armero fue producto del enfado de Juan Díaz –que es el mohán–, es considerar a la tragedia en términos de un sistema de pensamiento prehispánico que no ha desaparecido. Pero la argumentación más fuerte de los sucesos de Armero sostiene que fueron consecuencias de un castigo divino, y que Dios habría utilizado al nevado como la herramienta a través de la cual se daría la lección. Esta es la respuesta católica a los hechos, y es la reproducción del motivo de una cruz sobre una montaña: es la versión del castigo divino que se superpone a la idea de un mohán que tiene la capacidad de manejar el agua⁶.

⁵ Barbara Bode describe una festividad peruana en la que se bendicen cruces que han permanecido todo el año en las cimas de las montañas a fin de proteger sus *chacras* de deslizamientos y granizadas. En esta fecha, las cruces se retiran de sus ubicaciones, las llevan a una misa, las santifican con agua bendita y posteriormente vuelven a colocarlas en la cima de la montaña hasta el año siguiente (1989:294).

Este sistema de pensamiento, en el que lo cristiano controla a lo salvaje, no es más que una reproducción de los principios colonizadores: una cruz sobre un cerro equivale al agua de bautismo sobre el “idólatra”. Un cerro que aún no ha sido amansado representa las supervivencias de las tradiciones indígenas en la cultura popular. Las mismas interpretaciones de los hechos de la tragedia de Armero siguen esta lógica: lo que ocurrió en Armero fue causa más de un castigo divino que de la furia de un mohán, aunque ambas versiones existen y tienen sus fundamentos en siglos de tradición. El Ruiz es el lugar donde ambas tradiciones confluyen, le da el sustento a todas las historias. En todas sus facetas, es ambiguo: es un bello nevado y un peligroso volcán; es el mohán y, al mismo tiempo, el verdugo que castigó. Él es el lugar donde se muestra que naturaleza y cultura no son distintas.

Bibliografía

Bernand, Carmen (2008). “Cerros, nevados y páramos: un intento de arqueología etnográfica”, en: *Revista española de Antropología americana* 38 (1). pp. 167-189.

Ceruti, Constanza (2003). “Cerro Ilanco: sacralidad del espacio en un santuario de alta montaña Inca”, en: *Scripta ethnologica*, vol. XXV. pp. 69-82.

Correa, François (ed.) (1998). “Sierras paralelas: etnología entre los kogi y los u’wa”, en: *Geografía humana de Colombia. Región andina central*. Tomo IV, Vol. III. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Correa, François (2004). *El sol del poder. Simbología y política entre los muiscas del norte de los Andes*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Faust, Franz (2004). *Un viaje por los paisajes míticos de Colombia: historias de los encantos: Boyacá, Tolima y Cauca*. Popayán: Universidad del Cauca.

Gil García, Francisco (2008). “A la sombra de los *mallkus*. Tradición oral, ritualidad y ordenamiento del paisaje en una comunidad de Nor Lipez (Potosí, Bolivia)”, en: *Revista española de Antropología americana*, 38 (1). pp. 217-238.

Gil García, Francisco & Gerardo Fernández (2008). “El culto a los cerros en el mundo andino: estudios de caso”, en: *Revista española de Antropología americana*, 38 (1). pp. 105-113.

⁶ De hecho, la historia de cómo una creciente de agua arrasa a la casa de Juan Díaz participa ya de esta dualidad: una explicación sostiene que un sacerdote maldijo a Juan Díaz y vino la avalancha; otra, que se embraveció el mohán del Tequendama y envió la creciente.

Martínez, Gabriel (1983). “Los dioses de los cerros de los Andes”, en *Journal de la Société des Américanistes* (69). pp. 85-115.

Mejía, María del Pilar (2006). “Monserrate, Guadalupe y La Peña: Vírgenes, naturaleza y ordenamiento urbano en Santafé, siglos XVII y XVIII”, en *Fronteras de la Historia* (11). ICANH. pp. 241-291.

Suárez, Luis Alberto (2008). “Juan Díaz engañado por la riqueza. Un artífice de la fortuna y la tragedia en el mundo colonial”, en: *Maguaré. Revista del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia* (22). pp. 223-289.